

La oposición

por

J. C. Del Giudice

La fuerza vital de los pueblos, no puede medirse por las realizaciones momentáneas; ningún coeficiente productivo puede trazarnos un diagrama del progreso. La ciencia nueva de la estadística, no señala los resultados inmediatos de las realizaciones, pero su marcha, como la del minuterio, no nos indica la hora meridiana: el acercamiento de las auroras o de los crepúsculos. Es que allí donde las mismas ciencias matemáticas se enlazan a un idealismo exacto, la letra, el espíritu, substituye al número.

Así en la marcha incesante de los pueblos y de las instituciones. No es la intensificación productiva, el acrecentamiento del intercambio comercial o del movimiento intelectual, el índice de la salud de un pueblo. Todo ello puede indicar un mayor deslumbramiento político, una propensión a ejercitar voluntades de poder, mayor peso en los problemas del día, pero lejos de todo esto, suponer un rumbo fijo en la historia, una ruta franca, amplia, luminosa, feliz, que es el progreso.

La oposición, dentro de los pueblos mismos, es el índice de su destino.

La oposición es el amanecer de lo venidero; la definición precisa de lo que se es; la crítica del momento con sus elementos desvalorantes y sus aptitudes para un mañana que se sugiere y se anhela. Así, donde la oposición se expresa serena y clara, el porvenir se vislumbra luminoso, tangible.

Lejos de nosotros, admítala ingenuamente como la predicación de los grupos políticos que ansían el poder o la crítica sistemática de tiburones y sectarios. La oposición ha de ser una fuerza moral, individual o colectiva y sólo puede alcanzar en un momento dado forma política. Antes le será mero terrenal, consolidar sus fuerzas básicas que, por ser orientadoras, han de ser espirituales.

La política no es más que un medio de realización. Acaso sus relaciones con la ética social, sean muy semejantes a las del método en la experimentación científica, en cuanto éste no es más que un camino a la verdad, pero nunca la verdad misma. Así anteponer la política a la ética, equivale a posponer la verdad científica al método. Y la historia suele sonreír de tales lucubraciones, ofreciéndonos de vez en cuando algún Newton y mostrándonos los hallazgos extraprotocolos de algunos extremistas.

La oposición no puede ser un dogma ni un sistema: es una realización espiritual. Es una posición serena, sabia, consciente, ante todas las actitudes humanas, es un ansia de extender el propio y el común mejora-

miento. Más que una postura es una situación moral, más que una acción especial y violenta, una vida normal y sana.

La oposición es Sócrates, Jesús, Lutero, Beethoven, Tolstoi.

Y porque es un esfuerzo espiritual, es general: se expresa en el arte, en las ciencias, en la filosofía. No se puede ser opositor de los hombres, se es de las tendencias, de los sistemas, de las escuelas, de las morales en uso.

Es esta la verdadera oposición, la que orienta y es fuerza vital en los pueblos.

El momento histórico, es quizás el más preciso para estudiar el valor de esta fuerza ética. La guerra, ha echado por tierra la gran mentira que segó por tanto tiempo a las generaciones humanas. Todos los esfuerzos que los gobiernos hicieron, con uso de todos sus medios de expansión, no bastaron para que la farsa se evidenciase a los ojos de los hombres, y caído el crado de la razón de estado, muéstrase hoy descarnado el esqueleto de las grandes potencias mundiales que hasta ayer se nos mostraba con una corpulencia provocativa y temeraria. La humanidad busca el camino que ha de conducirla a la nueva época. No será, nadie lo duda, el de la paz de Versailles, ni el de la fermentada Liga de las Naciones. Cada país ha de resolver por sus propios medios los graves problemas y jay del que quede atrás! En estos momentos, se siente la falta de esa oposición orientadora, que mil engaños mataron al demoralizar.

En un interesante libro anterior a la guerra, «La Alemania Moderna» de Littenberger, se analizaba con admiración ese desarrollo sorprendente que el imperio había logrado dar a la nación germánica; toda la inteligencia humana, todas las conquistas de las ciencias económicas y diplomáticas se habían utilizado en la potentosa acción. Pero al través de la lectura, se sentía el debilitamiento, hasta la muerte total, del espíritu alemán opositor y crítico, por arte de una hábil maniobra religioso-pedagógica. Desaparecían así aquellas almas que en otro tiempo nos sintetizara Heine. Así hemos visto a ese pueblo arrastrado por las más viles pasiones; así lo vemos aún hoy con un porvenir turbio, incoloro. ¿Qué valor tuvieron todos los partidos opositores, si faltaban las almas opositoras?

El mismo espectáculo nos ofrecen otros estados de Europa y América. Después de la farsa yanqui, del sonado fracaso de aquellos catorce puntos de Wilson, hoy se deporta en la cuna de la democracia y del sufrágio, a los hombres que clamaban contra el usufructo de los débiles, contra los mi-

llones de sangre de los Rockefeller y los Morgan, contra el esfuerzo del egoísmo descentrado que pretende nuevamente apretar la mordaza a los desheredados.

¿Cuál es la solución que se da en los Imperios británicos?

Cambiamos nuestra mirada hacia la nueva Rusia. ¿No se anunciaba toda una alma inmensa, clara, con un arte, una filosofía, una literatura nuevos? ¿no era eso el anhelo de algo que había de romper con los viejos moldes, que había de ponernos una razón humana encima de cada razón política?

El movimiento espiritual que hoy late en España, nos permite también gratos pronósticos.

Los gobiernos capitalistas, no tienen ya hoy más recursos que los de una política retardaria: tal es el caso de Fiume, las ratificaciones del tratado de paz; y tales medios, ¿no son los mismos usados siempre que algún conflicto trascendental se ha planteado? Pero eludir no es resolver y el tiempo intensifica las fuerzas de la justicia, y estas perturbaciones sociales no resueltas en los países modernos, como las enfermedades crónicas, después de accesos transitorios, terminarán en una crisis fatal.

La muerte del capitalismo está decretada. Los errores, los peligros y los males del régimen, han sido archidemostrados; pero cuidemos en que la verdad aparezca; derrocar el capitalismo no significa destruir la mentira, y con cualquier régimen, en cualquier estado, el encubrimiento de una nueva farsa, sería la vuelta a una nueva infelicidad. Luchemos, pues, porque el advenimiento de la nueva era, sea el surgir de las almas transparentes, de las mentes libres, para que las relaciones entre los hombres, entre los pueblos, sean fraternales, sintiéndose hermanos en sus ansias, en sus instintos, en sus dolores.

Esta acción le está encomendada a la juventud de hoy. No puede esperarla de maestros ni de apóstoles, de hombres que han claudicado su integridad y llevan el alma propensa a dobles interiores. Eduquémoslos en la práctica de una sinceridad íntima; seamos en la acción con los débiles, con los núcleos proletarios, sedientos de justicia, con los que sufren un mal del que seríamos cómplices; pero por sobre todo ello, más allá de las conquistas parciales, llevemos los ojos fijos en una conquista suprema: la de la Verdad misma.

De esos que pasaron su niñez, o completamente abandonados o femeninamente mimados por sus padres, están llenas las cárceles y las oficinas públicas, que es como decir: están llenos los infiernos y el limbo; el último seno del dolor y el último seno de la nulidad.

ALMAFUERTE.

I Basta de emisiones!

por

Andrés Máspero Castro

NUESTRA cámara de diputados está tratando en estos momentos el tan debatido y peligroso asunto del préstamo a los aliados para la adquisición de los sobrantes de nuestras cosechas.

Esta es la cuestión más trascendental que se haya planteado a la consideración de nuestro parlamento, desde la época de la organización nacional, y después de aquella de la ruptura de relaciones con Alemania en 1917, en que, de haberse llevado a la práctica, hubiéramos tenido que abandonar nuestra sensata neutralidad, ante el conflicto llamado europeo.

Dos proyectos son los que sirven de base al debate en cuestión: los confeccionados por la mayoría y por la minoría de la comisión de hacienda de diputados. Los demás: el de Costa, el de Pagés y Moreno, y el caduco convenio *ad referendum* muerto felizmente por el loable rechazo del senado, no interesa tomarlos en cuenta.

No hay préstamo, donde no hay capital que prestar

Dichos proyectos tratan en concreto, de prestar por intermedio del Banco de la Nación, a Francia, Italia e Inglaterra, en conjunto y solidariamente, 200 millones de pesos oro. El presidente del Banco ha manifestado categóricamente, que éste no tiene dinero para hacer frente a esta nueva operación de 454 millones de pesos papel, pues, se ha demostrado además, que el Gobierno ya le debe cerca de 405 millones de pesos. Entonces, para apoderar financiación esta operación y realizarla a todo trance, se recurre a la emisión de papel moneda sin garantía metálica, en contravención a la sabia Ley núm. 3871. Como no hay dinero para prestar, se inventa, y, desgraciadamente, esta es la única manera de inventar plata que existe, constituyendo en realidad, una falsificación oficial de moneda.

En este punto precisamente, es donde existe una diferencia fundamental entre los dictámenes de la mayoría y de la minoría citadas, y estriba en esto: la mayoría exige en garantía de esos papeles, títulos en vez de oro, como quiere la ley de conversión. Pero ambas caen igualmente en el grave error de pretender crear ficticiamente ese capital. Donde no hay dinero para prestar no hay préstamo posible.

Argumentos de los emisionistas

Como es natural, estos proyectos, de sancionarse, producirían una desvalorización de nuestra moneda, porque su calidad, que se aprecia por el oro que representa, se habría hecho inferior, desde que el mismo empuje metálico serviría de garantía a 454 millones más de pesos papel de los que actualmente existen.

Para justificar esta enormidad, se han aducido principalmente cuatro órdenes de razonamientos: 1.º Si no otorgamos préstamos, no nos llevarán la cosecha; 2.º Es necesario corregir los altos cambios de nuestra moneda con relación a la de los aliados, porque sino se desviará el comercio hacia otros países; 3.º Debemos socorrer a Europa, ayudándola a reconstruirse; y 4.º No es posible dudar de la potencialidad econó-

mica de los aliados, hasta el punto de pensar que puedan tener dificultades para pagar sus deudas. Examinaremos ligeramente a todas.

No se puede prescindir de nuestra producción

El primer punto carece de todo fundamento, porque en la actualidad se están vendiendo nuestros productos a precios superiores a los mínimos que se quiere establecer en los convenios. Por otra parte, España acaba de adquirir una importante cantidad de cereales argentinos, a altos precios, y varios países americanos y europeos han manifestado sus propósitos de comprar productos argentinos, porque son los más baratos. Nuestra producción es indispensable e insustituible en el mercado consumidor mundial. Piénsese que Rusia, el ex gran granero europeo, no alcanza a producir ni para su propio consumo; que Bulgaria y Rumania han disminuido considerablemente sus producciones de cereales, como consecuencia de la guerra; que Australia ha perdido su cosecha de trigo, y que, en fin, en esta situación, aunque nuestro país produjera el doble de trigo y carnes de lo que produce, tendría asegurada su colocación remunerativa y pagada con buena moneda.

Se pueden corregir los cambios, pero no mejorar las monedas

El segundo punto ha sido objeto de lamentables confusiones en el debate parlamentario de referencia, que conviene aclarar aquí. Una cosa es el cambio de moneda y otra el cambio internacional. En el primero se tiene en cuenta la calidad de la moneda. En el segundo las demandas del comercio internacional. El cambio internacional es un negocio como cualquier otro, en que los banqueros suben o bajan los tipos del cambio según la demanda y oferta de letras de cambio. Influye, por tanto, en estas operaciones, los saldos favorables o desfavorables que arrojan los balances de pagos de cada nación, en relación al país en que opera el banquero. En el cambio de moneda, influye únicamente el mayor o menor empujamiento fiduciario que se haya hecho de la plaza. Así por ejemplo, el franco vale muy poco hoy, no porque Francia no exporte mercaderías, sino porque hay muchos francos papel, con relación a los pocos francos oro que guardan las arcas del Banco de Francia. Naturalmente que en este caso, se une a la mala calidad de la moneda, un desfavorable balance de pagos para Francia, lo que le trae por resultado no sólo un cambio desfavorable de moneda, sino también un cambio desfavorable internacional.

Lo que perjudica a los países exportadores es un cambio internacional muy alto, y hasta es conveniente que con el fin de hacerle cesar, se realicen convenciones internacionales, pues al fin quienes aprovechan de esos altos cambios son sólo los banqueros y los importadores, perjudicando en cambio al comercio exportador y hasta desviando el comercio internacional hacia otros países. El cambio de moneda no puede desviar al comercio, porque cuando es desfavorable para un país, lo es

igualmente para todos aquellos que tienen moneda sana o de mejor calidad, porque no depende del negocio de los banqueros, sino de la calidad de la moneda, y es evidente que nadie cambiará en igualdad de condiciones, moneda buena por moneda mala. El marco, la lira, el franco y la libra, no están depreciados solamente con relación a nuestra moneda, sino también con respecto a la de todos los países que no han acudido al recurso extremo de la emisión, y que yo llamo más gráficamente, de la falsificación oficial o legal de moneda. En esta situación, estos proyectos de préstamos a base de emisión, no tendrían otro resultado práctico, que desvalorizar extraordinariamente nuestra moneda, hasta equipararla con la moneda mala de los aliados, facilitando así que ellos compren nuestros productos, no por lo que valen en buena moneda, sino por lo que nominalmente le hagan valer, midiéndolos con una moneda quebrantada.

Más patriotismo y menos sentimentalismo

El tercer argumento es de un sentimentalismo estúpido, si es que no encubre algún propósito lucrativo deshonesto. Cuando nuestro país pasó por las desgraciadas épocas de sus luchas intestinas, no hubo ningún estado europeo que se aprestara a facilitarnos recursos abundantes para organizarnos. Al contrario, los intereses de las sumas mezquinas que nos prestaron, crecieron como en cualquier operación comercial en que se corre riesgo. Y nosotros salimos de esa situación limpiando nuestra plaza de esos papeles inconvertibles, pues no era posible progresar con un amonedado mala, que volvía casi un azar a toda iniciativa productiva. Europa tendrá que recomponerse sola, como lo hicieron nosotros y todos los americanos, y tendrá que dictar leyes de conversión forzosa, para sanear sus monedas y proseguir su marcha progresista. Europa no puede ni debe pensar que a costillas de América ha de curarse de las heridas de la guerra, a que sus viciosas instituciones sociales la empujaron fatalmente. Y en vez de aumentar sus presupuestos militares, debe pensar seriamente de que le ha llegado la hora de fundir todo ese fierro, para transformarlo en maquinarias, y de licenciar todos esos hombres, para que extraigan de la tierra todo lo que necesitan. Nuestros emisionistas poseídos de un extraordinario sentimentalismo hacia los aliados, a quienes quieren socorrer, se olvidan del país y de sus habitantes, quienes llevan una precaria existencia, a causa de una injusta e inhumana distribución de la riqueza social. Con cuanto gusto veríamos a esos señores, entusiasmarse así en algún proyecto que trajera la libertad de nuestra tierra y de nuestros trabajadores. Pero, desgraciadamente, jamás nos darán ese placer. De todos modos, ellos pueden satisfacer sus actuales deseos, sin comprometer al país, suscribiéndose a los empréstitos aliados, y precisamente, en los primeros días de enero próximo, se iniciará la suscripción al nuevo empréstito italiano para consolidar la paz social. Corran, pues, sean humanitarios e inviertan sus recursos en esos títulos; pero eso sí, déjenlos tranquilos.

No hablemos de las finanzas europeas

Y, por último, para los que hemos seguido atentamente la situación financiera de Europa, mejor es no analizarla. Basta con apuntar que a pedido de Inglaterra, nuestro gobierno ha tenido que prorrogarle por un año más el pago de su deuda. La situación financiera de los aliados es difícil. La de Alemania es peor aún. Esto no quiere de-

cir que no tengan dinero o productos con que pagarnos nuestra cosecha, sino que solamente ellos piensan, si podemos llevarnos los productos argentinos sin pagarlos ahora mejor, sino los llevaremos igual, aunque pagándolos con buena moneda. Y nosotros, pobres imbéciles, queremos darle nuestra cosecha al fiado y luego desvalorizar nuestra moneda, para que así no se perjudiquen tanto los europeos!

Ayer hizo bien, pero hoy hace mal

Causa extrañeza que el actual gobierno que ha realizado una obra trascendental, que todavía no ha sido justamente valorada, manteniendo la neutralidad del país contra viento y marea, y a pesar de las declaraciones rupturistas de nuestro congreso del 19 y de 24 de septiembre de 1917, lo que ya le vale un lugar digno en la historia del país, venga ahora, sin motivos apremiantes y en plena paz, a entregarse incondicional-

mente a los aliados. La actitud viril que supo mantener en 1917, contrasta con la que está observando ahora.

Hay que matar esta negociación

Si el gobierno quiere ese préstamo como precio del permiso o venia que Inglaterra le exige para la libre navegación del famoso Bahía Blanca, mil y mil veces es preferible prenderle fuego a ese barco en plena Plaza de Mayo, antes que consentir en la ruina material del país y en la vergüenza que se arrojaría sobre la inmaculada soberanía nacional!

La Patria exige que se eche tierra definitivamente a este asunto y no se hable más de él. Y el Congreso debe lanzar una declaración general de que la Nación Argentina no está en condiciones de otorgar préstamos a nadie, ni por ningún concepto.

Buenos Aires, Diciembre 24 de 1919.

Remedio infalible para abaratar la carne

por

C. Villalobos Dominguez

EL señor intendente municipal debuta en el nuevo cargo con un proyecto para abaratar los consumos, y entre ellos, la carne.

Pero el señor intendente no puede hacer nada, ni está en sus facultades hacer nada, para abaratar apreciablemente ningún artículo de consumo, ni menos la carne. Lo que se le ocurre sobre este punto particular es nombrar una comisión que lo estudie, y aconseje qué debe hacerse para conseguir ese abaratamiento. Pero ya es bien sabido que cuando se nombra una comisión para que estudie y proponga o realice algo, es casi infalible que no se hará nada. Las comisiones son un usadísimo recurso parlamentario para encapetear, por vía indirecta, los asuntos.

Pero, poniéndonos en lo mejor, y suponiendo que esa comisión aconsejase al señor intendente la única medida acertada, eficaz e inmediata que existe para abaratar realmente el precio de la carne... sería tiempo y trabajo perdido, porque el señor intendente, y el mismo Concejo Deliberante, carecen de facultades legales para implantar esa medida.

La cosa es, sin embargo, bien sencilla, aunque de tanto como se habla y escribe sobre el punto, no veo que nadie dé en el clavo. Se imagina la gente (y el intendente también, a lo que parece) que ésta es una cuestión de intermediarios, de cooperativas, de mataderos científicos, de trusts y otras majaderías semejantes. Y no hay tal cosa.

La razón de estar cara la carne es porque con la guerra ha quedado escasa en el mundo, y ha subido su precio, fatalmente, en todas partes. Y un estanciero que antes recibía por una res 100 pesos (en números redondos) hoy recibe 200. Y por consiguiente, el kilo de carne ha subido (siempre en números redondos) de 50 centavos hasta 1 peso.

Pero si la carne que se produce en todo el mundo resulta escasa, y por consiguiente cara, para el mundo entero, la carne que se produce con el pasto que crece espontáneamente en este país, sobra con mucho para las necesidades del consumo interno. Y por lo tanto es posible conseguir que la carne abarate en este país, aunque siga cara en los demás.

La manera de proceder sería muy sencilla.

Si los frigoríficos u otros exportadores extranjeros le pagan hoy al estanciero 200 pesos por un novillo (en realidad son más) cuando antes le daban solo 100, es natural que tampoco se lo venderá por menos al matarife, ni éste al carnicero, ni éste al consumidor. Se podrá fastidiar cuanto se quiera a estos útiles intermediarios; se podrán idear cuantas cooperativas y cuantos sistemas de distribución y cuantas estupidades se quieran, y no se obtendrá resultado apreciable con esta clase de medidas.

Solo habrá resultado satisfactorio si se obliga a los estancieros a que vendan las reses de consumo interno a los mismos 100 pesos que cobraban antes de la guerra; dejándoles que para el extranjero la vendan a lo que puedan, como hacen hoy.

Pero, ¿cómo obligar a los estancieros a que vendan, dentro del país, la carne a mitad del precio actual?

Muy fácilmente. Ahora hay un impuesto de exportación que grava con unos 5 pesos a cada res vacuna. Auméntese ese impuesto hasta 100 pesos... y ya está.

El exportador pagará sólo cien pesos al estanciero, porque tendrá que dar otros cien al gobierno, en la aduana. De ese modo la res saldrá del país al mismo precio que ahora, es decir, a 200. Pero como el estanciero no cobrará más que 100, ese será el precio dentro del país y el kilo de carne bajará, infaliblemente, a 50 centavos. Con ovinos y porcinos se aplicaría, proporcionalmente, el mismo impuesto.

¿Está claro? Bueno: pues no veo que a nadie se le ocurra indicar esa medida, única eficaz y rápida, y por eso me tomo el pequeño trabajo de indicarla yo.

Ciertamente que el remedio soberano para este como para todos los males sociales es el georgismo, o sea la confiscación por el Estado de toda la renta de la tierra... y también la propiedad de la tierra misma. Y este impuesto que ahora propongo no es georgista. Pero yo solamente lo indico como medida de emergencia y de resultados inmediatos.

Sus ventajas serían varias. Una, el abaratamiento. Otra, que ingresarían muy fácilmente al tesoro público más de 100 mi-

llones de pesos al año, que no le vendrían mal. Otra, que si se hace que las estancias den menos utilidades a sus dueños, bajará el valor de la tierra y, por consecuencia, también bajará el precio de los arrendamientos para los chacareros. Y otra, que no habría que seguir divagando sobre si disminuye el stock ganadero, si se matan muchas vacas, etcétera, etc. Los altísimos precios actuales excitan demasiado la codicia de los estancieros y venden más de lo debido, para aprovechar la racha; pero a precios más moderados, dejarían de hacer eso y sólo venderían la cantidad de animales que normalmente les conviene vender.

Inconvenientes no habría para nadie, sino, por el momento, para los estancieros.

Pero vamos a ver: ¿Es justo que se enriquezcan del modo asombroso que lo están haciendo (sin hacer nada) a expensas del hambre del mundo entero y de todos los trabajadores del país? ¿No es monstruoso que cuanta más hambre haya, más se enriquezcan ellos? Ellos mismos deben comprender que esto es absurdo.

El rendimiento usual de las estancias ya les daba para vivir *aceptablemente* antes de la guerra. Les daba para vivir en palacios, palquitos en el Colón, viajar fastuosamente por Europa, etc., etc. Hoy les da para eso, multiplicado por dos.

¿Sería mucha lástima si se les redujera a vivir como antes?

«La Nación» hizo una encuesta, hace unos meses, sobre la cuestión de la carne... pero solo consultó a estancieros y gerentes de frigoríficos. Todos estos señores (naturalmente), encontraban que nada se podía hacer. Hablaban de mataderos modelos, aprovechamiento de desperdicios, cooperativas, estadísticas, y tal y tal. ¡Pecaban socialistas, por lo pedantes!

Pero es bueno repetir que esta eficaz medida que propongo cae completamente aparte de las atribuciones del señor intendente. Sólo el Congreso podría tomarla.

¿La tomará el Congreso? Si fueran cien mil hombres a gritárselo a la puerta, yo creo que sí.

Ya lo sabe el pueblo: Cien pesos de derechos de exportación por cada novillo. Es matemático.

Nocturno

Esta noche tan clara en que ha nacido la primavera, toda melodía, esta noche me angustia mi latido discorde ante la cósmica armonía.

Mi corazón alienta un loco anhelo de remover los astros en su esfera y apresurar las horas en su vuelo. ¡oh, serafines de la primavera!

Como ante una muralla impenetrable, mi alma, cautiva de lo inmensurable, yace en mortal desolación sepulta.

Y ansiosamente explora el infinito cual si esperase su destino, escrito en una estrella todavía oculta.

Rafael Alberto Arrieta



Signos propicios

LOS diarios nos han referido estos días, con gran lujo de detalles, las emocionantes escenas de las deportaciones anarquistas efectuadas por las autoridades norteamericanas. No es el caso de asombrarse de tales hechos, ni de poner por ellos el grito en el cielo, no teniendo nosotros nada que envidiarle, en ese sentido, al gran país: aquí también deportamos como el que más. Pero sí es interesante comentarlo por los caracteres que ha revestido y por las enseñanzas que sugiere.

Ante todo, habrá notado el lector el acentuado carácter romántico de la hazaña, como que proviene del pueblo más romántico del mundo. Aunque haya mucha gente que crea lo contrario, no hay país más romántico que los Estados Unidos, y esto lo saben los que lo conocen bien. Aquel barco que se hace a la mar con su carga peligrosa, como si el hábito de la dinamita hubiera contagiado su cualidad detonante a las personas, y a rumbo desconocido, todo esto, digo, huele a aventura y a aventura del más marcado carácter novelesco. El capitán, a lo que se cuenta, zarpó con un pliego cerrado que no debía ser abierto sino en alta mar; saltó así a la ventura en busca de la Arcadia revolucionaria que todos ellos habían soñado. Ved como resulta cierto lo del romanticismo norteamericano: aquí deportamos mucho más burocráticamente, sórdidamente, despreciando efectos de buena ley, y con una falta absoluta de savoir-faires.

Pero además de estos detalles, reveladores del gran talento estático de la policía neoyorquina, descubrimos que en todas partes hay una clase de ideas que resultan de por sí un delito, y las personas que las profesan delinquentes por ese mero hecho. Esta es una comprobación por cierto interesante, porque si la historia no miente, este fenómeno se viene repitiendo cabalmente a las vísperas de todo cambio trascendental. Será que estas ideas sociales sólo valen, o son temidas, en cuanto posibilidad, y el gran temor que hoy les tienen equivale a la demostración de su inminente realidad. Esto es gratamente confortable y bien compensa los padecimientos que han de haber experimentado los «indeseables» de la democracia yanqui.

La diferencia estriba en que si anarquistas hubo siempre, no fueron perseguidos en cuanto su ideología no se traducía en vías de hecho. El arresto seguía generalmente a la bomba. Ahora no; se los expulsa por el delito de pensar, o de exte-

—Papá, ¿qué es el mundo?

—Niño mío, el mundo es una cosa muy grande llena hasta los bordes de pequeñeces.

José ORTEGA Y GASSET.

mar determinadas teorías, según resulta de los mismos telegramas. Es que de seguro la ideología extremista va ganando adeptos, y por eso se hace peligrosa, y por peligrosa se la persigue. Y ya sabemos que no hay ningún error tan lamentable como la persecución policial de las ideas; lamentable y contraproducente, puesto que la sangre de los mártires siempre fué semilla de creyentes.

Con todo, a estas horas navegan en pleno océano, rumbo quién sabe hacia adonde, los expulsados del norte, algunos de ellos después de muchos años de cárcel, y han de preferir seguramente la libertad extremista a la prisión burguesa.

La tarea de desprenderse de ellos ha

revestido caracteres parecidos al tráfico de fieras; se han tomado todas las precauciones imaginables para dejarlos en libertad en territorio bolshéviki, como si se soltaran tigres a la jungla.

Y más de un extremista ha de pensar, en estos momentos, en las ventajas de la adaptación. Cuando nuestros pescadores sacan su red del río, matan cuidadosamente a los peces comestibles y devuelven los bagres a su inmensa libertad. Y no ha de haber, seguramente, uno sólo que no prefiera su inútil fealdad a la sabrosa fritura del pejerrey, que ha de ser, puede suponerse, del pejerrey, que ha de ser, puede suponerse,

Marco Polo

Contra el feminismo y para las mujeres

por

Herminia C. Brumana

—¿Usted no fuma Hermy?

—¿Yo!

—No pertenece a la liga o consejo de mujeres en pro de sus derechos?

—¿Yo!

—¿Tampoco es partidaria de la ley del divorcio?

—¿Yo!!

Mi amigo me ha mirado a los ojos, comiéndome. Lentamente, con un deje de desilusión en la voz:

—Pues yo la creía una mujer liberal. ¿No es liberal?

—Eh!—Yo también lo miro a los ojos.—Y digo:

—Liberal, no sé. Se le da tantos significados a la palabra. Imagínese, se dice: es un cura liberal, cuando el cura habla en voz alta y va al club. Se dice: es una mujer liberal, cuando lleva paso largo y le grita al marido:

—¿Entonces?

—Entonces yo no soy liberal, sino una mujer enamorada de la libertad. Pero de la libertad sin gorra fría.

—¿Qué tiene que ver?

—¿Cómo! si a la libertad se le obliga a usar un gorro frío y ya no es libertad. Todo tiene...

Mi amigo hace un gesto. Bueno—agrega—cambiemos de tema: ¿quiere? Yo no comprendo eso.

—Cambienos...

—Pintoresco el pueblito?

—¡Ah! Pígueme un pintoresco...

Y para que mi amigo y los que están en su caso me comprendan, escribo: Además, como buena anarquista, creo que plantarse en una idea es quedarse atrás. Quiero evolucionar. Puede ser que alguien me enseñe que pienso mal.

De la libertad

La libertad no tiene dueños. Pedir libertades equivale a reconocerlas.

Las feministas piden libertad para la mujer. ¿A quién? ¿Al hombre! Luego las feministas reconocen en el hombre un amo. ¿Y amo de la libertad!

Y el amo, señor y dueño de las libertades las concederá un día haciéndose el generoso. ¿Eso queréis, señoras feministas!

Eso que llaman libertad y se concede desde arriba no sirve. Como sólo cuesta para obtenerla unos cuantos discursos de orado-

res—en este caso—unos vivos y unas manifestaciones por esas calles, lo obtenido es superficial.

Tampoco quiero decir con esto que la libertad requiere ser regada con sangre, como se dice por ahí. El derramamiento de sangre que caracteriza a las revoluciones es un detalle externo.

La libertad no la da un régimen determinado ni un gobierno, porque la libertad es una planta que crece dentro de nosotros mismos.

La libertad no es una cosa colectiva.

La libertad es un pan que reparten en rebanadas los gobiernos.

Liberal es producto de naturaleza, ciencia, estudio, trabajo individual.

Pero generalmente ocurre que cuando nacer a fuerza de estudio y sacrificio logra vislumbrar parte de la planta de la libertad que lleva dentro, empieza desorientado, ansiando estrechar en sus brazos toda esa planta, a pedir a gritos la libertad a los gobiernos. Ya no estudia más; grita. Y con los puños alzados contra el gobierno y los hombres, se olvida de seguir tenaz en el trabajo interior, hacia el perfeccionamiento individual, hacia el alma, hacia la planta aquella!

Y si el gobierno concede en reglamentos y leyes lo pedido, resulta que no es ni la sombra de lo ansiado.

Es que lo que pidieron por libertad era pan. ¿Y el pan concedido no es la felicidad!

La verdadera superioridad masculina

Se ha discutido tanto eso de la superioridad o inferioridad femenina que, en verdad, se ha oscurecido el asunto.

Yo no sé. Díese por ahí que la inteligencia no tiene sexo. Yo digo que tal vez el sexo haga la inteligencia.

De todos modos se cree que si la mujer no es tan inteligente como el hombre es porque ella no cultivó su mente. Conforme. Pero, ¿por qué no cultivó su mente? Las feministas dirán: por que el hombre la relegó siempre a los quehaceres domésticos e impidió su educación.

Pero si los dos sexos vinieron al mundo con igual inteligencia, ¿por qué razón el hombre relega a la mujer, como inferior! Se me dirá que el hombre, más fuerte físicamente, dominó a la mujer y la relegó a condición de inferior. Yo opino que la fuer-

za física pudo dominar el cuerpo de la mujer y no la inteligencia y que ésta pudo seguir trabajando con ella para no quedar atrás.

No hay que culpar al hombre de la inferioridad mental de la mujer, sino a la misma mujer que, haragana y cómoda, dejó la tarea al compañero para dedicarse por entero a su persona, al ocio, a la intriga.

Pero lo esencial no es que la mujer sea inferior o igual intelectualmente al hombre.

Lo que en verdad importa es que el espíritu femenino sea tan inferior al del hombre.

El espíritu varonil—hay mujeres que lo poseen—es mil veces mejor que el espíritu femenino sea tan inferior al del hombre.

El espíritu varonil es más noble, más generoso, más idealista.

La mujer es rencorosa: no perdona, y si perdona no olvida.

Entre ellos, los hombres, en cuestión de sentimientos se ayudan. Raro será que no cubran lo que faltan del hombre. En cambio las mujeres gozan descubriéndolas en sus amigas.

El espíritu varonil es más idealista. Por eso hay más bohemios entre ellos. Por eso hay apóstoles de un ideal. Por eso hay mártires. El espíritu varonil es más de la humanidad.

El espíritu femenino es más de sí propio. Más egoísta. Ni en su rol de madre la mujer es superior al hombre. No hay tal sacrificio por la humanidad en la madre sino por sí propia, porque la madre se quiere a sí al querer al hijo.

Si el sacrificio de madre fuera de humanidad como se declama—entonces una madre querría a todos los otros hijos. ¿Es así?

La madre amorosa capaz de pasar noches enteras junto a la cuna del hijo, azota sin piedad a la criadita que recogió para su servicio.

Solamente el hombre con espíritu femenino es capaz de cometer esa acción. ¿Entonces?

El espíritu varonil es superior.

Y es natural que así sea. El hombre vive una vida más intensa. De estudio. De naturaleza. De arte. De trabajo mismo. El ha roto ya prejuicios y ha pasado ya la época de supersticiones.

La mujer está demasiado consagrada a sí misma. Por eso es más mezquina, más egoísta, más mala. Las excepciones no existen. Mujer generosa, activa, sincera, tiene, por ahora, espíritu varonil, o sino espíritu de mujer superior al común.

Los derechos políticos

Tanto los ha pedido la mujer que ya los ha obtenido en muchas naciones. Las mujeres votan. Las mujeres gobiernan.

¿Y qué? Aquí también hay mujeres que piden voto y gobierno.

Y yo lo encuentro muy lógico, muy natural, muy humano, que la mujer quiera los mismos derechos políticos que el hombre.

Muy lógico, muy natural, muy humano, pero muy antifemenino. Modos de ver...

Y sobre todo, el derecho político ejercido por la mujer es una cosa inútil.

Las feministas aseguran que el voto femenino traerá al mundo una inmensa mejora.

¿Si! Yo creo que las mujeres,—por lo menos en nuestro país,—no harán sino redoblar los votos actuales.

Habrán,—lo sé,—algunas mujeres estudiosas y conscientes que votarán de acuerdo con su criterio personal. Son las que se dan tiempo y lugar para estudiar la acción, la capacidad de los hombres que han de llevar al gobierno.

Pero las otras, la inmensa mayoría, las que no estudian ni leen, esas aumentarán

la inmensa falange de los inconscientes que votan hoy porque sí, a veces por capricho, porque resultó agradable la cara del candidato.

Aún suponiendo que las mujeres fueran más erumpulosas en cuestiones políticas que el hombre, tampoco me convence el voto. Si el anhelo de la mujer sufragista es más Justicia, más Verdad y más Belleza, no necesita del voto para trabajar por ese ideal. Dentro de la estrechez del hogar hay más amplio campo de acción para luchar por el bien, que en la amplitud del salón parlamentario.

Como: ¿y una madre con su amor no es capaz de hacer del hijo un pa'adín del bien? ¿Y ese hijo bueno no hará gobierno bueno?

Pónganse todas las mujeres a alzar con su corazón un grande anhelo de justicia en el corazón de cada hijo y entonces el voto femenino—que tiende a la justicia—estará sencillamente demás.

¡Ah, mis mujeres!

Las mujeres, de un tiempo a esta parte, se preocupan sólo de copiar los movimientos masculinos.

—¿El hombre fuma?

—¿Por qué no puede hacerlo la mujer?

—¿El hombre pierde el tiempo en los parlamentos?

—¿Por qué no puede perderlo la mujer?

—¿El hombre va a la guerra?

—¿Por qué no puede ir la mujer?

—¿El hombre usa pantalones?

—¿La mujer por qué no vamos a ver!

¡Si, señoras mías; fumen, beban, vistan trajes masculinos, juren y gesticulen, sean caudillos políticos, hagan el servicio militar, vayan luego a matar hombres por una cuestión de frontera, sean gobernantes y roben y pierdan tiempo, sean médicos y aprienten los honorarios, sean abogados y pospongan el derecho natural a la ley, sean políticas y engañen con promesas, sean periodistas y ayuden a cubrir las llagas de los que tienen dinero!

¿Qué lejos están de mis mujeres!

¡El núcleo de mis mujeres! Fuertes y buenas. Llenas de amor. Trabajadoras. Estudiosas. Altivas. Dignas. Investigadoras de la verdad. Mujeres de laboratorio. Madres. Curies. Escritoras valientes. Predicadoras de paz. Literatas que desentrañen Belleza y no borroneras de cuartillas contra los hombres para llamar la atención de los mismos hombres. Artistas intérpretes de la naturaleza y de Dios y no imitadoras del hombre. Luchadoras del mal. Anhelosas de perfección. Enemigas de la mentira. Mujeres capaces de vencer sus prejuicios. Verdaderas novias. Verdaderas madres. Conscientes. Mujeres que comprendan que en la división del trabajo que instituyó Dios y la Naturaleza, al hombre le tocó en suerte — para desgracia de la humanidad — hacer leyes y reglamentos, votar y marchar a la guerra! Todo esto hasta que ellas quieran.

¡Mis mujeres soñadas! ¡Mi núcleo de mujeres fuertes y buenas, llenas de amor! ¡Estará muy lejano todavía!

Jauja



Que más puede pretenderse de un parlamento, cuando ha asegurado la libertad de su acción con medios tan ingeniosos

Para la Historia

Lo que dijo Bernard Shaw

DESDE la derrota de Napoleón III, la propaganda inglesa de una guerra contra Alemania no ha cesado jamás. En la literatura, en el periódico, en la política, la necesidad de batir a Alemania ha constituido un tema predilecto. El libro anónimo «La batalla de Dorking» sobre ese asunto tuvo una venta fabulosa. Citemos «La verdad sobre la Armada» por Mr. Spencer Wilkinson; los artículos de Mr. Garvin, Mr. Blachford, el almirante Maxse, Mr. Newbolt, Mr. Rudyard Kipling, la «National Review», la supresión del proyecto del túnel bajo el canal de la Mancha, las propagandas del mariscal Roberts. En los trabajos de este último, la superioridad de la raza inglesa aparece como un supuesto indiscutible. Se habla en ellos de «los administradores británicos representando a la raza blanca»; de «los jóvenes ingleses recién salidos de las universidades, llegando ávidamente a mantener las altas tradiciones de la Inglaterra Imperial en cada nueva dependencia que poseemos», o de «nuestra aptitud como una raza imperial», o del «gran trabajo que la Providencia ha atribuido a nuestra raza», y de la «voluntad de conquistar que nunca nos ha faltado» y de nuestra misión de gobernar la quinta parte del globo y dirigir a uno de cada cinco de sus habitantes.

La rivalidad no sólo ha sido mutua: Inglaterra la ha iniciado. Los patriotas británicos realizaron intensamente la propaganda antigermánica. ¿A qué entonces, cuando llega la hora de combatir, retroceden, rehuyen la responsabilidad de su obra, quieren arrojarla íntegramente sobre Alemania?

Ahora no deben pretender que eran unos inofensivos amantes de la paz, y que la guerra inevitable entre Alemania e Inglaterra es una infamia de Prusia, cuya responsabilidad incumbe al Kaiser. Decir eso no es honesto, ni veraz, ni digno de caballeros. Por consiguiente, acabe ya la estupidez de hablar del lobo prusiano y el cordero inglés, del Maquiavelo prusiano y el inglés evangelista. Nosotros no podemos estar apareciendo como perros de presa toda la vida, y de repente querernos hacer pasar por gacelas. Cuando Europa y América concluyen el Tratado que pondrá término a esta guerra, no nos tratarán como a la amable e inocente víctima de un tirano feroz y de una brutal soldadesca... Y yo lamento destruir la santa imagen con un halo en torno a su frente, que el periodista jingo inglés ve precisamente cuando se mira en un espejo.

El peligro que yo veo para nosotros es que tratemos de presentarnos en esa asam-

La verdadera fórmula del patriotismo, es el derecho igual de todas las patrias a la libertad y a la justicia, es el deber para todo ciudadano de aumentar en su patria las fuerzas de la libertad y la justicia... ¡Miserables patriotas son, los que para amar y servir un país, sienten el deseo de menospreciar en los otros, las grandes fuerzas morales de la humanidad!

Jean JAURES.

blea asumiendo el papel del ofendido inocente, porque seguramente no seremos aceptados en ese carácter. Semejante Congreso nos mirará como al pueblo más agresivo de la tierra después de los prusianos, sino tanto como a ellos.

El príncipe Lichnowsky, embajador de Alemania, cogido en la trampa, suplicó desesperadamente para mantener la paz con Inglaterra. ¿Prometía Inglaterra abstenerse de tomar parte en la guerra si Alemania no invadía Bélgica? No. ¿Quería decir sir Edward Grey en qué condiciones nos mantendríamos fuera de la lucha? No. ¿Ni siquiera si los alemanes prometían no anexionarse ninguna parte del territorio francés? No. ¿No había, pues, medio humano de mantener la paz con nosotros? Sir Edward Grey fué franco. Admitió que había un solo medio: que la opinión liberal «quisiera» mantener la paz «si la neutralidad de Bélgica era respetada». Y él mismo trabajó contra ese medio único, comprometiendo a Inglaterra en la guerra el día antes de descubrir su juego en el Parlamento.

¿La defensa de los pequeños Estados? Cuando Alemania venció a Dinamarca, este pequeño Estado fué abandonado, en su hora de necesidad, por los que tenían obligación de ayudarlo. Ibsen se indignó extremadamente por ello. Los que tenían obligación de ayudarlo, eran los ingleses, como lo prueba claramente el historiador Dyers.

Y en cuanto a los Tratados suscritos por Inglaterra, que Inglaterra ha dejado violar sin recurrir a las armas, tenemos el Tratado de París (violación de la neutralidad del Mar Negro por Rusia y clausura del puerto de Batum); y la escandalosa violación por Austria, y sin protesta de Inglaterra, del Tratado de Berlín (anexión de Bosnia y Herzegovina), para citar los más recientes.

El militarismo no debe ser tratado como una enfermedad peculiar de Prusia. Está vivo en Inglaterra y en Francia. Nosotros hemos sido igualmente culpables de él... A menos que nosotros estemos dispuestos a combatir el militarismo en casa tanto como en el extranjero, la suspensión de hostilidades durará sólo hasta que los beligerantes se hayan repuesto de sus pérdidas... Ningún inglés que se estime necesita lloriquear hipócritamente por nuestro amor a la paz, nuestro respeto por los Tratados, nuestra solemne aceptación del penoso deber, y el resto de la nauseabunda mezcla de habladería de maestro de escuela, poema de semanario parroquial y melodrama de cinematógrafo con que se nos está abrumando ahora.

Nosotros estábamos perfectamente dispuestos a romperle al Kaiser la cabeza para enseñarle que si trataba de conducirse mal con toda Europa, incluso con nuestros nuevos amigos los franceses y con los bravos belguitas, no había contado con la vieja Inglaterra. Y esta belicosa, pero recta y humana actitud de la nación, no necesita excusas, porque la nación honestamente ignoraba que nos íbamos a aprovechar de una ocasión desventajosa para el Kaiser, y que la alianza franco-rusa constituía para la paz del mundo una amenaza tan grande como la alianza germano-austriaca. Pero nuestro ministro de Relaciones Exteriores lo conocía muy bien, y, por

consiguiente, comenzó a fabricar superfluas, falsas y tediosas excusas a toda prisa. La nación tenía la conciencia limpia y era realmente inocente de toda estrategia agresiva. El ministro de Relaciones Exteriores tenía las manos rojas y no quería descubrirlas. De aquí sus sermones.

Una victoria que no puede ser obtenida sólo por Inglaterra y Francia sin el concurso de Rusia será una derrota para el liberalismo occidental europeo; Alemania será batida no por nosotros, sino por una autocracia militarista peor que la suya.

Por los pueblos cantábricos

Viejecitas al sol

QUE triste, qué igual es la vida de las viejas de este pueblo!

Todas las mañanas, cuando el sol cubre con su sonrisa oro viejo la paz bucólica de las callejas que van a perderse en el campo, salen ellas a sentarse en las soleras tibias, a ver la vida que no pasa jamás, a dormir... Son siempre las mismas: la Calila, Terenciana, Felisa...

Como misteriosas augures etruscas, permanecen inmóviles, hieráticas bajo la radiante atmósfera cenital, solemnes, indiferentes a sí mismas en medio de la quietud somnolienta del pueblo.

A fuerza de verlas siempre en los mismos sitios, siempre a las mismas horas, ya nadie las mira ni se acuerda ya nadie de ellas. ¿Para qué?... Demasiado se hace no disputándoles el rinconcito que ocupan...

¡Pobres viejecitas! De vez en cuando suelen abrir los ojos... Unos ojos sanguinolentos a fuerza de llorar; unos ojos que parecen agujeros hechos con un palo entre las arrugas de un viejo pergamino. De tarde en tarde mascullan unas palabras sus bocas hundidas en las que convergen, a modo de estrellas grises, todos los surcos de la cara...

¿Sus vidas? Sus vidas no tienen historia. Fueron grises, humildes y mansas como el terruño que las cobijó. Pasaron inadvertidas como tantas, como tantas otras, sin dejar huellas. Acaso fueron buenas mozas y trabajaron sobre el surco como gañanes; acaso tuvieron un rebaño de hijos que luego se desparramó por el mundo; acaso conocieron días de prosperidad... Pero vino la vejez y se lo llevó todo. Ahora, su único consuelo es sentarse al sol de las mañanas, con las manos cruzadas en el regazo para mejor soborearlos horas y horas...

¿Piensan en algo? Tal vez no. Encorvadas hasta la tierra, sólo la tierra esperan, en una actitud de buey que cavila, de caballo que no paca, la cabeza baja y la crin sobre los ojos...

Son el acompañamiento obligado de toda procesión, de todo entierro. Tienen todas la misma edad. Todas visten el mismo sayal verdinegro y saben todas las mismas consejas.

¡Pobres viejecitas! ¡Qué impresión tan apacible y exótica la que me produjisteis a mí, poeta de ultramar, viéndoles tan viejas, tan arrugadas, tan remendaditas sentadas al sol!

Valentin Méndez Calzada



Crónica Nacional

por

Teodoro García

Nuevo obispado

EL país cuenta con un obispo más. Monseñor D'Andrea, por voluntad pontificia vestirá desde hoy el codiciado hábito violeta.

Bastaría este detalle cromático para hacernos simpática la designación. Como a aquellos intransigentes paladines del impresionismo, el negro—y sobre todo aplicado a una sotana—nos resulta un color insoportable. Ignorantes de la trascendencia que para el problema religioso, en sí, pueda tener este riguroso escalafón de los amnistros, nosotros, por simples razones estéticas, deseáramos que fueran obispos todos los clérigos.

La noticia no nos ha tomado, por cierto, de sorpresa. Sabíase desde hace tiempo que toda la labor del agraciado estaba destinada a la consecución de un cargo, aún más alto.

Por esto, nunca creímos en la sinceridad de tal obra. Es decir, un poco por eso y otro poco por aquella duda que Almafuerte pusiera en nuestro espíritu: «No creas en la predicación de aquel abate perfumado de heliotropo, que sube a su púlpito con el corazón lleno, todavía, de las suaves impresiones de las conferencias de San Vicente y de las fiestas de caridad de las duquesas, y que cruza, después, como un César, sudoroso entre sus encajes, por aquella elegantísima multitud cuya emoción él ha conquistado. No creas en esa predicación... es una página de Rossini!»

Cree, sí, en el propio San Vicente de Paul; sí, en el apostolado de aquel sacerdote ciego de caridad, enloquecido de evangelización, que ora se lanza por los desiertos de África y ora se mete en los tugurios de la ciudad, que son los desiertos de la civilización, para salir de ellos torturado de dudas, cubierto de maldiciones y carcomido de remordimientos.

El Santo Padre, cuya infalibilidad en la materia es indiscutible, viene ahora a sacarnos del credo. Creemos, sin embargo, que los únicos méritos que Su Santidad habrá tomado en cuenta, son los de carácter religioso. Como agitador social el distinguido prelado ha tenido un fracaso ruidoso. Lejos de conseguir la anhelada «paz» con los millones que—con perdón de la aritmética—lograra recolectar, ha llegado a poner en pugna con Platón al doctor Enrique Ruiz Guiñazú.

La agitación obrera

Las agitaciones obreras en el interior del país, van tomando proporciones hasta ahora inalcanzadas.

Esta afirmación no necesita demostrarse, los diarios grandes dan, ya, al movimiento tanta importancia como a un deporte de segundo orden.

Este inusitado acontecimiento sólo puede

explicarse por el exceso de agitación capitalista en la Capital Federal. Impotente para luchar contra la poderosa acción del benemérito triángulo patronal — Asociación, Colecta, Liga — los profesionales de la agitación obrera se han diseminado por la campaña, abandonando la ciudad a los profesionales de la agitación reaccionaria.

Y, ¡vive Dios! que tal estrategia puede traer consecuencias inesperadas.

Así parece entenderlo la Liga Patriótica Argentina que siempre se ha distinguido por el inteligente criterio mitiz con que encara los conflictos sociales, enviando a las provincias del litoral para contrarrestar la acción de los elementos «disolventes», una fracción de brigada, a las órdenes del doctor Luis María Perazzo Naón ???...

Corren rumores de que el doctor Perazzo va guiado por el mezquino propósito de conseguir el obispado de Gualguaychú. Nosotros no podemos dudar de las buenas intenciones del doctor Naón.

Esta empresa reviste, sin duda, caracteres trascendentales. El campo ha sido siempre, en los anales de nuestra historia, escenario obligado para decidir las luchas por la imposición de las distintas ideas, que, sucediéndose, forman el proceso de la evolución ideológica argentina.

Será de ver, a pleno sol, la brega de los dos grupos de agitadores. Empeñados los unos en el advenimiento de una era más justa y equitativa; esforzándose los otros por mantener un régimen de privilegio y de opresión.

El avance del anarquismo

Tanto se ha abusado últimamente de la palabra anarquía y sus derivados, que cada persona—y principalmente cada vieja y cada rico—se ha creído autorizada a tener su concepto del término.

Para algunas personas ligeramente frívolas, anarquista es todo tipo mal vestido. Espíritus profundos sostienen, en cambio, que es anarquista todo el que piensa. Para los defensores del capital, todo aquel que se resiste a trabajar para otro, es ácrata «sin esperanza de reforma». Abundan también quienes hacen sinónimos los términos anarquista y dinamita.

Pero estas opiniones individuales sólo tienen un valor relativo, lo que interesa conocer, es el concepto de la mayoría de la población y nada creemos más acertado que deducirlo de la opinión de alguno de los órganos más autorizados de la prensa. Así leemos en «La Nación» del día 21 del corriente:

«Las noticias recibidas de Necochea dan cuenta que, procedentes de Tres Arroyos, están llegando a San Cayetano grupos de individuos de apariencia de «lingeras», pero que hacen propaganda huelguista revo-

lucionaria, manifestando que para febrero estallará una gran huelga. Aconsejan no trabajar en las chacras por menos de diez pesos diarios. Esta propaganda, dice el comisario, tiene alarmada a la población.

La jefatura ha ordenado al citado funcionario que adopte las medidas energéticas que correspondan, contra la propaganda anarquista.

Este nuevo concepto del anarquismo ha de traer sin duda consecuencias de importancia si, como es de esperar, el P. E., siguiendo el ejemplo de su colega del norte, se decide a iniciar la exportación en gran escala de elementos ácratas.

Diez pesos es jornal frecuente en la mayoría de los empleados que en las oficinas públicas y casas de comercio desempeñan cargos de escasa importancia, y es, precisamente, la remuneración de que gozan los oradores asalariados de la Liga Patriótica Argentina.

La caridad ha muerto

Extractamos los siguientes párrafos de un artículo del doctor Juan Agustín García, publicado el 12 del corriente en el diario conservador argentino «La Prensa»:

AHORA frente a estas ideas morales tan nobles, tan bellas y desinteresadas, se presenta la vieja caridad religiosa, verdadera supervivencia de un tiempo pasado, con sus lemas y sus anuncios de una calidad inferior y pueril. «Dad hasta que os duela», se lee en un anuncio callejero; y firma Wilson. Si la firma no es apócrifa, merece serlo, porque contradice toda la esencia de la mentalidad del ilustre estadista. «Dad algo para que no os tomen todo o más de lo conveniente. Dad para que podáis gozar tranquilos del saldo de vuestras fortunas. Hermanos, sed egoístas y para asegurar la prosperidad de nuestro egoísmo, dad todo lo suficiente. Dad, no porque el Deber lo imponga, no porque sois solidarios de los demás hombres; no, dad porque ésta es una buena colocación de dinero que os garante la vida tranquila».

«El lector algo imaginativo verá las escenas de un cómic delicioso. El secreto temor del anarquista implacable que estremece los nervios; las barricadas del mes de enero... todo un prospecto de vida oscura, de luchas civiles y sangrientas. A paso lento, con gesto elegante se va a la caja, y se suscribe el cheque de acuerdo con la boleta de valuación. ¿Es poco, es mucho? ¿De qué se trata? ¿De hacer un sacrificio, hasta que duela como dice «Wilson» o de cumplir con su deber? No, nada de eso; el Deber está lejos, muy lejos, en otro plano muy superior. El imperativo kantiano social o individual es muy noble y elevado, vive en las regiones etéreas, en los picos más altos de las almas. No nace, ni puede crecer en esas regiones de la subconciencia donde se combinan las pasiones egoístas y los instintos. Los actos que vienen del Deber tienen otro aspecto. No tienden a comprar la tranquilidad o la vida confortable. Llevan otro móviles; nacen en esos momentos felices en que los hombres dejan de pensar en sí mismos.

«Por eso repetimos: la Caridad ha muerto, está bien muerta, porque son inferiores, son estrechas y egoístas las fuerzas que hoy la animan».

Subrayamos

de "Nacha Regules"

por

Manuel Galvez

(Conclusión del capítulo publicado en el número anterior).

Monsalvat ya no podía continuar escuchando. Una violenta indignación comenzaba a hacer temblar todo su ser. El habitualmente sereno, tranquilo, sin odios para nadie, hubiera acogido a aquel miserable que hablaba de fusilar en masa al pueblo. Ahora ya no dudaba de que todas aquellas gentes eran sus enemigos. Veía en ellos a los representantes de sus viejas ideas, de esas ideas que ahora execraba. Leía en sus rostros la satisfacción insolente de vivir, la afirmación del egoísmo más inhumano, el espíritu de iniquidad, la hipocresía, el orgullo, la carencia de simpatía humana. Para Monsalvat no había en aquellas vidas sino mentira. Esos hombres y esas mujeres no tenían una existencia propia: vivían para los demás, pensando en los demás, con la moral, el criterio, la estética, todas las ideas de los demás. Eran mentiras sus opiniones, mentiras sus sentimientos, mentiras sus gustos, mentiras su amor y su odio. Habían tomado la vida como una gigantesca farsa. Ninguno pensó jamás en vivir sinceramente, en buscar un significado a la existencia. Con su filosofía acomodaticia, con su economía política infame, con su caridad hipócrita, ellos, —es decir, la sociedad, los bienhallados, las clases dirigentes,—eran los culpables de que tantos desgraciados padeciesen hambre, los culpables de la vida de Nacha, los culpables de todos los dolores que amontonaba sobre el mundo la Injusticia Social. ¿Cómo era posible que hubiese necesitado llegar a los cuarenta años para comprender todo esto? ¿Cómo era posible que durante una hora que llevaba sentado allí, hubiese olvidado sus sentimientos de la tarde? No se arrepentía de haber asistido a aquella comida, pues ahora ya no dudaría nunca de cuál era su lugar. El tenía que estar frente al orgullo, frente a la mentira, frente a la maldad. Todos aquellos compañeros de mesa eran instrumentos de la Injusticia Social y había que terminar con sus privilegios, con sus ideas, con sus sentimientos. Había que imponer a la fuerza, aunque fuese a sangre y fuego, el mutuo amor de los hombres. Había que enseñar a esos hombres que se dicen cristianos cómo debemos amarnos los unos a los otros. Y mientras los observaba y los oía, decía, recordando las palabras que le salieran del alma en su diálogo con Torres, que era necesario destruir, destruirlo todo, de arriba a abajo, para edificar un mundo nuevo.

Y sus dos vecinitas? Aquellas criaturas resultaban para él dos instrumentos del mal, dos monstruos de egoísmo, dos almas vacías, dos seres sin corazón. Una, el egoísmo del placer; otra, el egoísmo de una casta. Monsalvat veía que no pensaban sino en ellas: en sus fiestas y en sus vestidos, en sus lecturas y en sus cortejantes, en sus vicios o en sus prácticas religiosas y sociales. Para ellas el mundo estaba bien como estaba, y todo podía continuar del mismo modo hasta la consumación de los siglos. Ninguna aspiración fuerte y espontánea al bien de los demás, ningún acto para remediar los sufrimientos de los que allí abajo

se retuercen en la angustia. Personitas de biscuit, nacidas para adornar la sociedad en que viven, no querían conocer sino el buen lado de la vida. Alguna vez, en el teatro o en un libro, tuvieron noticia de la cruel tragedia de los infimos; pero se apartaron con desagrado, porque aquello no era para sus almas frías y aristocráticas. Monsalvat asombrábase de cuanta ignorancia y cuanta inconsciente maldad significaba esa actitud ante la vida de los otros, y pensaba en el clamor que va ascendiendo y ascendiendo y llenando coosalmente el ámbito de las ciudades y que un día, tal vez muy próximo, estallará en venganzas formidables.

Pero al mismo tiempo, Monsalvat pensaba si todas sus opiniones y sentimientos no serían obra de su condición de hijo natural. Seguramente que sus enemigos lo creerían así. Dirían que él era un amargado a causa de su bastardía, un vengativo que culpaba del gran pecado de su madre a los demás y a la sociedad. Y sería así, en efecto? No, no. Había una justicia por encima de todas las razones humanas, y esa justicia, independiente de los agravios personales y de los propósitos de venganza, condenaba la Iniquidad y había decretado —¡no podía ser de otra manera!— si bien para un día lejano, el fin de todo aquello que él odiaba.

Por fin, cuando ya no pudo soportar más lo que oía, cuando ya no pudo detener más aquello que quemaba en su interior y que salía en llamas a los ojos, habló. Produjo asombro. Ruiz de Castro, que le sabía tímido, enemigo de atraer la atención, le miraba estupefacto. El médico estallaba en pequeños movimientos de indignación, y pretendía interrumpirle. Isabel parecía encontrar razón a Monsalvat, pero dominaba sus impresiones, no sabiendo si aquello que oía sería contra la religión. Elsa gozaba como de un pecado exquisito, gozaba de aquella emoción nueva, y contemplaba sonriente y voluptuosamente ingenua a Monsalvat.

¿De qué hablaba Monsalvat? De la horrible desigualdad social. De que unos tengan millones mientras otros no tengan para comprar pan. De que unos vivan en palacios colosales, con parques magníficos, mientras allá en el inhumano, en el oscuro, en el frío cuarto del conventillo se amontonan en promiscuidad monstruosa diez seres humanos. De que a unos les sobre de todo: bienes, comodidades, placeres, cultura, educación; y que ese sobrante no sea para nadie, que no vaya a los que carecen de todo. De que unas mujeres posean decenas de trajes y collares de diez mil pesos y todo el lujo y todo lo innecesario, mientras otras pobres mujeres deben vender su cuerpo, entregarse al que pasa, perder su vida, su salud y su alma, para poder vestirse y comer.

—Y por qué no trabajan?—interrumpió cólerica la gordita, que había escuchado espantada a Monsalvat.

—Porque no les dan trabajo, señora. Porque los ricos prefieren comprarlas. O porque el trabajo, tal como ahora se halla organizado, es otra iniquidad que mantendremos egoístamente. ¡Yo no sé cómo todo ese

mundo de abajo no ha venido todavía a exterminarnos, a degollarnos en masa! Es la justicia que merecemos. Viene con lentitud, señora, pero ya llegará. Vaya preparando usted un lindo escote para ese día. Donde ahora siente el calorito de las perlas, sentirá el filo de un sable...

Protestas e indignaciones. Elsa rió y aplaudió, divertidísima. Isabel se convirtió en enemiga de Monsalvat. Todo aquello, según ahora comprendía, estaba en contra de lo que opinaban los Padres. ¡Qué horror! La gordita le llamó a Monsalvat anarquista, asesino y enemigo del orden.

Se habían levantado de la mesa y se distribuían en pequeños grupos. La gordita parecía empeñada en discutir con Monsalvat. Ruiz de Castro se acercó sonriendo.

—¿Están arreglando el mundo?

—Es Monsalvat que se ha vuelto un anarquista peligroso.

—No hay nada tan peligroso como el decir la verdad—sentenció Monsalvat.

—Pero más peligroso que la verdad suelen ser los señores, ¿no es cierto?—dijo Ruiz de Castro, dirigiéndose a la gordita.

—Claro. Y si no, vea lo que ha dicho Monsalvat de esas mujeres. Por poco no ha dicho que yo tengo la culpa de que... de que ellas se... en fin, ya me entienden. ¡Demasiado entienden ustedes de estas cosas! Yo creo que a esas infelices les falta temor de Dios. Antes que dedicarse a esa vida, debieran pedir limosna, colocarse como sirvientas, recurrir a tantas sociedades caritativas, irse a la cosecha, ¡qué sé yo! Trabajo no puede faltar. Lo mismo que los hombres. En lugar de hacerse anarquistas o socialistas o andar de huelga, debían conformarse con la voluntad de Dios, resignarse con su suerte. ¡Qué se ha de hacer!

—¡Es cierto!—exclamó Isabel, arrastrando las últimas sílabas, como muy impresionada, y con la convicción de quien ha encontrado un argumento definitivo. —¡Es cierto! ¿Por qué hacen huelgas? Es mal hecho, eso.

La gordita, después de un profundo suspiro, agregó con acento melancólico:

—Cada uno debe aceptar el lote que le toca en la vida!

—Cuando es el suyo—dijo Ruiz de Castro sonriendo,—se puede pensar así. Pero yo, en vez del lote suyo, preferiría el que le ha tocado a su marido.

—¡El mío?—exclamó ella, sin darse por aludida. —¡Pero si nosotros somos casi pobres! No diré que estemos en la miseria, pero fuera del sueldo de mi marido, como diputado, no tenemos sino unas rentitas insignificantes y una estancia aquí cerca de Buenos Aires. Y sin embargo, no me quejo de mi suerte. Otros tienen millones... Y bueno; no los envidio, y me conformo con la voluntad de Dios.

Monsalvat no quiso oír más. Ruiz de Castro seguía dando bromas a la gordita. Monsalvat continuó en el pequeño grupo. Cerca de él, Ercasty y dos amigos desfilaban a una joven dama de gran belleza. Ercasty la acusaba de tener un amante. Furioso y justiciero, decía que esa mujer ofendía a la sociedad y que era un deber higiénico rechazarla, hundirla. Sus vecinas aprobaban, por fórmula. Monsalvat, que sabía las infamias del marido de la criticada, su abandono del hogar, sus borracheras, sus trampas, encontraba humano y lógico que esa mujer amase a otro hombre. Lo que no comprendía era la indignación de Ercasty. ¿Por qué se convertía en abogado de la

No os fiéis del hombre del altar porque vive del altar.

SAN PABLO

sociedad con tanta furia? ¿Qué ídolo monstruoso era la sociedad, que exigía el sacrificio de los ensueños de amor, de los instintos naturales, de la necesidad de cariño? ¿Qué ídolo monstruoso, venerado tan absurdamente por hombres cultos?

¿Qué le quedaba a Monsalvat por hacer allí? Sentíase desdeñado. Estaba de más, no era aquel su sitio. Se despidió de los dueños de casa y se fué. En la calle, el aire de la noche despejó su cabeza. Se encontraba aturrido, aplastado, medio enfermo. Caminó a pie largo rato y se serenó. Pensó que por última vez en su vida había visto una imagen del mundo de la injusticia. Su ruta se había definido ahora enteramente. El bien estaba allí abajo, y la única ocupación de un hombre digno y bueno era luchar por los oprimidos. Sí, él daría su vida y el poco dinero que le quedaba por los tristes de la tierra. ¡Le creían vengativo! El bien sería su venganza.

Un folletín de "La Razón"

ES sabido que los dos grandes matutinos criollos y el vespertino «La Razón» que dirige un Gran Reportero, se han puesto incondicionalmente (?) al servicio de las fuerzas reaccionarias. De ahí que nos llene de asombro la publicación en folletín de un trabajo del doctor Eduardo F. Maglione sobre «Naturalización de extranjeros».

Porque, entre otras cosas, dice el señor Maglione haciendo buen gasto de ironía velada y de rotunda franqueza:

«Cuando ya nos dábamos por tranquilos considerando resueltos todos nuestros problemas sociales por medio de la «Asociación del Trabajo», la «Gran Colección Nacional» y la «Liga Patriótica Argentina», la prensa de las colonias extranjeras del país ha empezado a remover la vieja cuestión de la nacionalización de extranjeros.

«Creíamos que entre la Asociación del Trabajo, que ha organizado la defensa de los extranjeros ricos en beneficio exclusivo de los extranjeros pobres; la Gran Colección, de la Iglesia, que con sede en Roma, no puede sino ser mirada con simpatía de parte de los extranjeros; y la Liga Patriótica, destinada a suavizar las asperezas de los extranjeros que, desgraciados con esta Janja-colmena sin zánganos—que les ha tocado en suerte—perturban la felicidad de los miembros de las otras dos asociaciones cofrades; creíamos, decimos, que con estas tres recientes y prósperas instituciones que los amparan, estarían perfectamente satisfechos los extranjeros y, a lo menos por algún tiempo, dispuestos a no pedir más.

«Pero no es así. Ahora resulta que les preocupa, también la naturalización».

«La discusión — formalizando — viene en buena hora. La reacción xenófoba, enturbadora de la tendencia liberal que inspiró y presidió la obra de la organización nacional, ha culminado y es bueno empezar a impulsarla por la pendiente por donde debe desbarrancarse».

«Pero la situación cada vez más preponderante del extranjero en la economía nacional, y la incorporación con mayores aptitudes de sus descendientes, al provocar la competencia, obligando a vislumbrar el inmediato desalojo, por el triunfo de los mejores y más aptos, de los reductos privilegiados, provocó los celos e hizo brotar los rencores y los odios del criollismo inadaptado e inadaptable a los mejores anhelos sociales y de los nuevos métodos políticos.

«Y así germinó la feroz reacción regresiva, que, bajo la bandera del nacionalismo,

y explotando el patriotismo, y utilizando la enseñanza tendenciosa de la historia y de las tradiciones patrias, ha intentado borrar la política liberal de los organizadores; y con el pretexto de salvar el argentinismo, ha levantado fronteras dentro del propio país, con el único propósito real de mantener y perdurar una situación privilegiada que desaparecía y que de todas maneras está destinada a desaparecer.

«Pero las fuerzas introducidas son demasiado poderosas para que ninguna valla las contenga. Los propios egoísmos de la clase reaccionaria le impiden la defensa cerrada de sus posiciones.

«El mismo resto de criollismo que aun perdura, vinculado al extranjero y a su inmediato sucesor, rompiendo la tradición colonial, está iniciado—el ejemplo y la competencia lo obligan—en la proficua senda de la labor honrada y tesonera. Y como tiene condiciones superiores, prestará bien pronto su contribución eficaz para combatir la tendencia que porfía por mantenerlo en el atraso para explotarlo mejor, so pretexto de ampararlo».

Hay que conocer—el gobernante argentino por lo general lo ignora, por que actúa lejos del medio y no se preocupa de investigarlo—qué cantidad de energía, de honradez, de seriedad; qué ansias de renovación y libertad; qué cantidad de ideal civil y político, trae cada inmigrante que abandona su tierra, huyendo de la miseria ancestral, del servilismo político, afanoso de mejoramiento, ambicioso de conquistar su lugar de hombre en un país libre y democrático.

«Dudar de que al país le conviene la incorporación del extranjero a la política, es como negar todo lo que ha sido y lo que significa para la economía material».

«Ese desgraciado patriotismo tendencioso,—tan ajeno al culto honrado de la verdad—que felizmente tiende a declinar, a trueque de tanto mal como ha hecho y hace al país, ha traído algún beneficio. Junto con las posiciones que ha obligado a asumir ante la guerra europea, ha servido para definir el intelectualismo argentino, poniendo de un lado los hombres de espíritu verdaderamente liberal, y del otro los regresivos y simuladores de toda especie y categoría.

«Y este movimiento que se inicia por la naturalización obligatoria de extranjeros, viene en hora oportuna para agitar el ambiente y marcar la división, tan necesaria, por lo demás, para los cauces de nuestros futuros partidos políticos».

Cuando se defienden los intereses conservadores, dar cabida a artículos como el que parcialmente transcribimos, es legar casi a la propia traición. Mas para advertir tal cosa es menester no ser ignorante...

S. P.

La situación italiana

Las palabras que transcribimos más abajo han sido tomadas del manifiesto editado por el partido socialista italiano con motivo de las últimas elecciones.

Dichas palabras, expresión del partido que representa a la mayoría del pueblo italiano, hablan más eocuentemente de la situación actual del reino que toda la enorme cantidad de información chirlé que nos trasmite la presa capitalista:

«Por Oriente — ¡Oh, trabajadores! — una nueva Era surge, una luz vibra sobre las sinietras tinieblas de la guerra: la luz de

la Revolución Rusa, que después de luchar dos años contra la nueva Santa Alianza, contra los millones de Clemenceau, contra los tanques de Lloyd George, contra las insidias de Wilson, contra la servil «reacción» de la burguesía democrática de Italia, de Bohemia, de Polonia, coaligadas contra la Revolución, aparece más radiante que nunca. Es la lucha más grandiosa de la historia la que afrontan los heroicos soldados de la República de los Soviets. Ellos afirman, frente al mundo capitalista, el derecho y la fuerza del mundo del trabajo».

Tiros al aire

Periodismo

EL periodismo, como toda obra de gran trascendencia, está sometido a gran disparidad de opiniones y es encarado con los criterios más diversos.

Así don Luis Ariquistan, director del más importante semanario castellano, afirma:

«El periodismo es intuición histórica, profundidad histórica, condensación histórica, sin al pesantez y la minuciosidad de datos de la historia propiamente dicha.

El periodismo es agilidad literaria, riqueza de emociones y matices, multiformidad de estilo, sensibilidad para todo lo humano, sin la monotonía, ripiosidad y artificio que muchas veces caracterizan a una obra de pura literatura.

El periodismo es enseñanza placentera y fértil, sin la compulsión de la palmeta ni la odiosidad contra el conocimiento que inspiran ciertos falsos maestros.

El periodismo es política, simultáneo estímulo al pensamiento y a la acción, fermento ideal, agitación de conciencias, sin la turbulencia oral del mitin ni la sorda palabrería de los Paramentos.

En cambio, «La Nación», rotativo que hace honor al comercio argentino, sostiene:

«Las páginas que los diarios dedican a la publicidad comercial son tan reveladores del carácter, de las aficiones y de las necesidades de un país, como los más concienzudos artículos».

En favor de un colega

Con motivo de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, CLARIN invita a sus colegas ricos a cotizarse, para adquirir un nuevo disco al simpático y apedreado diario «La Fronda».

El socorro a Austria

El socorro a la población austriaca que se encuentra actualmente azotada por el hambre, es un torpe manejo político del Poder Ejecutivo.

Nadie mejor que él sabe lo que significa para el País la administración Radical, y al proponer tal socorro, sólo procura demostrar por comparación (mal de muchos...) lo envidiable de nuestro estado.

Para los ministros

En «La caverna del humorismo», la reciente obra de Pío Baroja, se lee (pág. 78): «Entre un lacayo contento y otro descontento, ¿no es más lacayo el que está contento?».



Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI



ab imo
péctore